
RM:

CÓMO

EMPEZÓ

TODO

relatado por

LOUDON

HAMILTON



TRAS SU SERVICIO en el ejército indio en Francia, en la Primera Guerra Mundial, en la que fue condecorado con la Cruz Militar, Loudon Hamilton fue a Oxford e hizo un curso de filosofía de dos años.

Hacia el final de ese periodo, en mayo de 1921, el Dr. Frank Buchman realizó su primera visita a Oxford. Una noche, asistió - en la habitación de Loudon Hamilton en *Christ Church*- a una reunión del *Beef and Beer Club*. De allí surgió el Grupo de Oxford, ahora conocido como *Rearme Moral*.

CONOCÍ A FRANK BUCHMAN en Oxford, en 1921 a través de un amigo estadounidense, Alec Barton, estudiante en *Christ Church* y compañero de fútbol. Alec era muy admirado por su valentía a la hora de aprender a jugar al rugby inglés. Era tan entusiasta que el primer día derribó al único hombre que veía con el balón, que resultó ser el árbitro.

Una tarde de finales de mayo, Alec me llamó desde el explanada del colegio: «¿Quieres conocer a un profesor norteamericano que está de visita en Oxford?». Siendo estudiante, no quería conocer a más profesores de los estrictamente necesarios. Pero como Alec era un amigo, le dije: «Está bien, tráelo a mis habitaciones esta noche. Tenemos una reunión del *Beef and Beer Club*¹».

Era una de esas sociedades de debate donde resolvíamos todos los problemas del mundo... bebiendo largas cervezas, fumando largas pipas y teniendo largas discusiones filosóficas. El único problema era que los problemas del mundo parecían empeorar ligeramente. Por suerte para mí, no sabía entonces quién era Frank Buchman. Si lo hubiera sabido, ciertamente no lo habría invitado al *Beef and Beer Club*. Usábamos el nombre de Dios con bastante frecuencia, pero no como lo hacía Frank Buchman.

Alec trajo a un hombre de mediana edad, de estatura media, algo corpulento, cuya ropa y acento revelaban su origen transatlántico. Sus ojos eran grandes y despiertos. No hubo ningún intento de presentación general. En la sala no había más de veinte hombres. Buchman tomó asiento modestamente al fondo.

Imagínese la multitud. El noventa por ciento ex alumnos de grado, de muy buen nivel educativo, veteranos de veintitrés o veinticuatro años de carrera, con condecoraciones nunca vistas ni

¹ Club de Carne y Cerveza: reuniones para debatir los problemas del mundo.

mencionadas. Eran hombres influyentes en la universidad. La mayoría de ellos jugaban, algunos muy bien. Muchos de ellos han ocupado desde entonces puestos importantes en el mundo.

Los domingos, algunos iban a la catedral, que también servía de capilla. Normalmente, estos servicios eran obligatorios para todos los estudiantes. Esta norma se relajaba para los ex combatientes. Nunca supe por qué. O bien no lo necesitábamos, o bien ya no se podía rezar por nosotros. Probablemente esto último. La pose popular era una mezcla de cinismo y sofisticación. Para nuestra generación de posguerra, 'Twentieth Century Blues', de Noel Coward, resumía exactamente el estado de ánimo:

En esta extraña ilusión,
Caos y confusión,
La gente parece perder su camino.
¿Por qué luchar?
¿Amar o mantenerse vivo?
Hey, hey, déjalo por hoy.

Entre el *Beef and Beer Club* había un puñado de hombres que, como yo, estudiaban filosofía. Como se ha dicho ingeniosamente, 'Tratamos de ser filósofos, pero la alegría seguía abriéndose paso'.

Aquella noche, en mis habitaciones, profundamente acomodados en los sillones, con el aire azulado por el humo del tabaco, mantuvimos otro furioso debate sobre cómo arreglar el mundo. Como era nuestra costumbre, se leyeron cuatro ponencias, dos de un lado y dos del otro. La reunión se abrió a la discusión general. En el *Beef and Beer Club* no siempre dejamos de hablar cuando hemos terminado lo que teníamos que decir. Así que ya eran más de las once cuando tuve la oportunidad de preguntarle a nuestro visitante estadounidense qué pensaba.

Buchman empezó con la sorprendente afirmación de que estaba de acuerdo con todo lo que se había dicho aquella noche, a pesar de que durante toda la velada se habían intercambiado opiniones violentamente contradictorias. Y añadió: «Por supuesto que tiene que haber un cambio en el mundo, pero ese cambio podría empezar por las personas. Ahora, por ejemplo...», y procedió a hablarnos de dos estudiantes que había conocido en Cambridge y que habían decidido cambiar de actitud. Naturalmente, despertó nuestro interés en Oxford que los hombres de Cambridge estuvieran cambiando.

Frank fue demasiado educado para decirnos que en Oxford teníamos que cambiar, pero los tipos de los que nos habló eran tan parecidos a nosotros que nos dejó sacar nuestras propias conclusiones. Mis conclusiones fueron muy incómodas y esperadas. Yo había sido criado en un estricto hogar escocés. Esto no me impidió cometer pecado. Sólo me impedía disfrutarlo.

Cuando Frank terminó, se hizo el silencio. Algunos silencios son fúnebres. Este estaba muy vivo. El ambiente había cambiado de alguna manera. Hasta entonces había sido cómodo, académico y teórico. Ahora era real y personal. Casi se podía oír el cerebro de la gente. Hicimos lo que cabía esperar: dimos otra calada a nuestras pipas, nos miramos las botas y no dijimos nada. Aunque Buchman no había utilizado ninguna de las frases religiosas convencionales, todos los presentes sabían exactamente de qué estaba hablando. El reloj dio la medianoche. Hora de irse. Esperaba que a mi compañero de habitación, Sandy, ateo convencido, no le gustaran estas cosas. Para mi sorpresa, sugirió que invitáramos a Buchman a desayunar a la mañana siguiente.

Yo temía que Frank intentara cambiarme durante el desayuno, una hora un poco temprana para semejante operación. Así que

pedí un gran desayuno para mantenerlo ocupado comiendo y evitar que hiciera preguntas incómodas. A la mañana siguiente, esperaba a nuestro invitado junto a la ventana. Cuando cruzó el patio, vi que se acercaba a un grupo de jóvenes que iban a darse un baño temprano. Se reían alegremente. La facilidad y naturalidad con que él, un completo desconocido, hizo incluso ese breve contacto me impresionó mucho.

En pocos minutos estábamos los tres sentados desayunando, Frank frente a Sandy y yo. En aquella época, los desayunos en Oxford durante el verano eran un elemento habitual de la vida social. La comida era servida en nuestras habitaciones privadas por nuestros *scouts*, como se llamaba a los sirvientes de la universidad.

Normalmente estas ocasiones eran muy agradables. Esta vez no estaba seguro de que fuera a ser simplemente agradable.

Empezamos con fresas, luego cereales, pescado, bacon y huevos, con, por supuesto, las inevitables tostadas, mermelada y café.

Pronto se agotaron los temas de conversación convencionales.

De algún modo, parecían más irrelevantes de lo habitual. Me pregunté con aprensión, ¿y ahora qué? Frank estaba completamente a sus anchas. Contó que en sus recientes viajes por la India y el Lejano Oriente, el director de una importante escuela le había llamado para preguntarle qué haría con un alumno que hubiera robado dinero. Para desarmar al director, Frank le preguntó: «¿Cuándo fue la última vez que robaste?». El director recordaba haber robado dinero cuando era niño. Frank le preguntó: «¿Se lo dirá a su alumno?». El director así lo hizo, con feliz resultado.

Mientras Frank contaba esta historia, yo me preguntaba por qué nos la contaba a nosotros. No tuve que preguntarme mucho. En cuanto Frank terminó, Sandy levantó la vista de sus huevos con tocino y le dijo: «No siempre he sido honesto con el dinero».

Aquello me estremeció. Por un lado, viniendo de Escocia, el dinero me afectaba profundamente. Además, sabía muy bien que Sandy nunca me habría confesado algo así. De pronto recordé que había ido a un baile universitario sin pagar la entrada. Había una chica con la que tenía muchas ganas de bailar. Al igual que muchos otros compañeros. Estaba decidido a llegar temprano. Me vestí con el mayor cuidado posible y entré por la puerta de los camareros. Hasta ese momento no se me había ocurrido que aquello fuera deshonesto. Así que pasé el resto del desayuno preguntándome a quién podría pedirle prestado el dinero, suponiendo que decidiera devolverlo. Aquel desayuno resultó caro. Fue un primer paso en la honradez. Vendrían muchos más.

El fin de semana siguiente, Frank volvió a Oxford con los dos hombres de Cambridge de los que nos había hablado. Pedí a media docena de amigos que se reunieran con ellos en mis habitaciones. Dudaba un poco de cuántos vendrían.

Para mi sorpresa, vinieron al menos una docena, algunos de los cuales no habían sospechado hasta entonces ningún interés en tales asuntos. Unos pocos eran conocidos feligreses, pero por lo demás su modo de vida no parecía diferente del del resto de nosotros.

Con toda naturalidad, nuestros amigos de Cambridge nos contaron lo que les había ocurrido al conocer a Frank. Inmediatamente se ganaron la confianza de todos. Era evidente que hablaban de algo muy real para ellos, aunque nuevo para nosotros. Su sinceridad hacía irrelevante la controversia. Sus

hechos eran convincentes. Bob, un atleta de rango internacional y una personalidad imponente, me parecía que tenía todo lo que yo quería: amigos, popularidad, éxito. Me preguntaba por qué tenía que cambiar. Su historia, contada con humor y moderación, no nos dejó ninguna duda.

El otro hombre de Cambridge, Murray, era de otro tipo. Provenía de una conocida familia religiosa. Dio la casualidad de que había sido oficial en mi propio regimiento. Era el tipo de cristiano al que no podíamos emborrachar en las noches de invitados, pero que no podía mantenernos sobrios. Un hombre al que respetar, pero evitar.

Después de que nuestros visitantes hubieron hablado, la discusión se generalizó. Le pregunté a Murray en privado por qué hablaba de tener que cambiar, ya que siempre había sido cristiano. Me contestó: «Sí, siempre he tenido fe en Cristo, pero nunca pude ayudar a la gente que se iba al diablo como tú». No le hice más preguntas. La reunión se había dividido en grupos animados. Bob paseaba por el patio con un hombre de Oxford a cada lado. Parecía haberles conocido mejor en una tarde que yo en dos años.

La noticia de lo que estaba ocurriendo se extendió rápidamente. Se respiraba un aire de expectativa en el colegio y más allá. Hombres a los que apenas conocía venían a mis habitaciones a preguntarme de qué se trataba todo aquello. Bajo un aire de neutralidad cuidadosamente asumido, o incluso de hostilidad no asumida, se escondía algo más que una curiosidad ociosa. Todos nos habíamos visto obligados a pensar, incluso a afrontar cosas que habríamos preferido olvidar. Después de todo, a nadie le gusta que le hagan pensar, y menos en una universidad donde tienes que aprender lo que otros han pensado. Nos enorgullecíamos de no haber hecho suposiciones como

aspirantes a filósofos. En realidad, suponíamos muchas cosas: que Dios no existía, que la naturaleza humana no podía cambiar y que, de todos modos, era imposible vivir según normas morales. ¿Cómo lo sabíamos? Nunca lo habíamos intentado.

Teníamos muchas teorías. En Oxford se ha definido una tragedia como 'una bella teoría asesinada por un feo hecho'. Buchman nos enfrentó a los hechos. Vimos a personas, a veces las más inverosímiles (eso creíamos), que sin duda eran muy diferentes e incluso estaban dispuestas a decirlo.

Para mí, las semanas siguientes fueron de las más perturbadoras de toda mi vida. Tuve que admitir que los esfuerzos que había hecho, demasiado espasmódicos, por encontrar una filosofía de vida satisfactoria habían resultado, después de todo, en gran medida, infructuosos. Yendo de una escuela de pensamiento a otra, había descubierto que cada una de ellas era una isla flotante. Ya sonaba en mis oídos el ruido de la catarata. La catarata significaba para mí el abandono de todo intento de resolver el enigma de la vida y aceptar finalmente un materialismo cínico como única solución.

Durante demasiado tiempo hemos estado atrapados en las nubes de las abstracciones filosóficas y las sutilezas intelectuales, pero nuestras preguntas fundamentales siguen sin respuesta: ¿Qué es lo que realmente importa? ¿Por qué vivir más allá del propio interés? ¿Teníamos realmente que abandonar todas las grandes esperanzas y la camaradería de los tiempos de guerra y admitir que, después de todo, la victoria debía quedar inconclusa? Parecía una perspectiva triste. Como no teníamos respuesta, nos refugiábamos en el cinismo y la ligereza. Por costumbre y entrenamiento, uno aprende a mantener una "fachada" y a esperar que sus amigos no la descubran. Un poeta ha escrito sobre la sociedad inglesa:

Hablan y se mueven a mi alrededor como una sombra, Con todo correcto y nada claro.

La moda era posar como "no comprometido" y "abierto a cualquier verdad". De hecho, esto era totalmente deshonesto.

La verdad era que estábamos totalmente comprometidos a hacer lo que quisiéramos. A esto lo llamábamos 'libertad'. Nuestros verdaderos dioses eran el sexo, el éxito y la seguridad. Adorábamos servilmente a estos dioses de cualquier manera que se presentara la oportunidad. El campo de rugby y la pista de baile eran los lugares donde más buscaba brillar. En lo que respecta a la religión (y no estaba muy lejos), afirmaba con toda sinceridad que no tenía fe, pero lo utilizaba como excusa para no cambiar.

Me educaron para creer en Dios de forma convencional, sin esperar nunca que Dios fuera una fuerza real en la vida cotidiana. La prueba llegó con la Primera Guerra Mundial. Me pareció que en ese momento, más que nunca, se necesitó alguna intervención divina. Pero a Dios no parecía importarle.

Sólo tenía diecinueve años en la primera batalla del Somme (de julio a noviembre de 1916). Veinte en Passchendaele (julio a noviembre de 1917). En veintiuna semanas en el Somme, las bajas británicas superaron los cuatrocientos diez mil hombres, una media de casi veinte mil por semana. En quince semanas en Passchendaele nuestras bajas fueron algo menos de doscientos cuarenta y cinco mil hombres, una media de dieciséis mil por semana.

A menudo murieron los mejores hombres. Incontables vidas se desperdiciaron innecesariamente. El sufrimiento, a veces el

salvajismo y el aburrimiento parecían no tener fin. Intenté por todos los medios ver la mano de Dios en todo aquello. Lo intenté, pero fracasé.

Una noche, durante la batalla de Passchendaele, agité el puño hacia las estrellas y maldije a Dios en cuerpo y alma por permitir que ocurrieran esas cosas. La fe murió esa noche, pensé que para siempre.

Sólo años más tarde me di cuenta de que estas cosas eran el resultado inevitable de la obstinada negativa del hombre a vivir a la manera de Dios. Me di cuenta de ello poco después de conocer a Frank Buchman. Fue entonces cuando, por primera vez, empezó a tomar forma el esquema de una respuesta al cinismo y la apatía imperantes. Así sucedió.

A mediados de junio de 1921, los exámenes finales habían terminado y nuestras carreras universitarias llegaban a su fin. En septiembre yo debía empezar a enseñar en Eton.

Mientras tanto, nuestros dos amigos de Cambridge, Bob y Murray, nos invitaron a pasar un fin de semana en una universidad de Cambridge con Frank Buchman y sus amigos. La invitación era a una '*House Party*'². Esto despertó mi curiosidad. ¿Qué haría Frank Buchman en una '*house-party*', palabra que suele asociarse a un determinado grupo social? ¿Cómo podría combinarse eso con lo que ya sabía de Frank Buchman? Sería interesante verlo.

A veces es difícil saber los verdaderos motivos de una decisión que tiene consecuencias importantes. Curiosidad sí, confianza

² *House Party* / Fiesta en Casa, era un tipo de reunión donde se analizaban y reflexionaba sobre los problemas del mundo, el impacto de las acciones de personas comunes y corrientes en ella, y cómo cada uno podía ser una respuesta a esa situación.

desde luego. La sinceridad de Buchman era totalmente convincente. También lo eran la naturalidad y la camaradería de los que le rodeaban. No tenía nada de la cordialidad artificial que suele asociarse a los entusiastas religiosos en la universidad. Yo anhelaba profundamente esa camaradería. De algún modo, siempre se me había escapado. Pronto descubriría el secreto y mucho más.

A veces las decisiones importantes se ven influidas por circunstancias aparentemente triviales. Así ocurrió en este caso.

No tenía dinero para un fin de semana en Cambridge. Por el mismo correo que traía la invitación, llegaron inesperadamente 5 libras de una tía, para la que 5 libras era mucho dinero, algo que nunca había sucedido antes y nunca después volvió a pasar. Mi tía tampoco sabía nada de las circunstancias. Este regalo me decidió a aceptar la invitación de Cambridge para el primer fin de semana de agosto de 1921. Poco sabía yo lo que iba a ocurrir.

Había un aire de expectativa, casi de misterio, cuando nos reunimos para cenar aquella primera noche en *Trinity Hall*. No parecía haber ninguna de esas habituales reticencias británicas a hablar con gente que no se conocía.

La mayoría teníamos entre veintipocos años de edad. En número, unos treinta, y otros se fueron sumando a medida que avanzaba el fin de semana. Entre los presentes había hombres que habían representado a sus universidades en los principales deportes, remeros de Eton, un presidente de la *Oxford Union*, hombres con matrícula de honor, algunos oficiales de la marina, indios y un chino.

De los tres hombres mayores, uno era coronel de la Oficina de Guerra, otro parlamentario británico y otro abogado internacional

estadounidense. Estos dos últimos habían estado celebrando en Londres el reciente éxito del abogado en importantes negociaciones internacionales. Al llegar a Cambridge esa noche, se dirigieron directamente a la *Buttery* (donde no sirven mantequilla), de modo que nuestros dos amigos estaban de un humor muy jovial cuando terminó la cena.

Después de la cena nos trasladamos a la sala común, sentados informalmente en profundos sillones formando un gran círculo, a la espera. Buchman se atrevió a pedirnos que dijéramos nuestros nombres y nuestra procedencia. La mayoría fueron característicamente breves. Los últimos fueron el diputado y el abogado estadounidenses.

Fueron más comunicativos. El diputado dijo que había venido porque se le había ‘caído un punto’ en alguna parte y sabía que tendría que volver a recogerlo antes de conseguir algo. A continuación, el abogado se lanzó a un prolongado discurso sobre las glorias de Estados Unidos. «Allá tenemos montañas tan altas que puedes pararte en la cima y hacerle cosquillas en los pies a los ángeles». No quedó claro qué se quería conseguir con este ejercicio. Al menos, contribuyó a la sensación de informalidad.

A continuación, Buchman contó la historia de su amigo Bill Pickle, que había sido contrabandista en el *State College* de Pensilvania, donde Buchman había estado siete años en la facultad. La moral era baja, las calificaciones escasas, la bebida abundante y el equipo de fútbol siempre derrotado. El cambio de Bill había provocado, evidentemente, un cambio en toda la universidad.

El humor y la naturalidad de la historia hicieron que la hora y media parecieran diez minutos. Quedamos atrapados por los muchos puntos de similitud con nuestras propias experiencias.

Por primera vez la bondad nos pareció atractiva, incluso eficaz. Nos fuimos felices a la cama. Todos menos un hombre, el abogado.

Luego llegaron tres hombre de Estados Unidos. Uno de ellos, Bill, había sido el mejor amigo del hijo del abogado, muerto en Francia. Cuando el abogado vio a Bill, fue como si se hubiera encontrado cara a cara con su hijo muerto. Se quedó blanco como la pared. Esa noche, él y el diputado se quedaron despiertos hasta tarde, cada uno diciéndole al otro lo mucho que necesitaba cambiar.

A la mañana siguiente volvimos a reunirnos, sin saber muy bien qué esperar. Los que conocían a Buchman fueron los que más hablaron. El propio Buchman habló poco. En respuesta a las numerosas preguntas, solía pedir a los demás que contaran su propia experiencia sobre el punto en cuestión. Nadie teorizaba ni predicaba. A los argumentos se respondía con pruebas. La pelota volvía al campo del que preguntaba. Era fascinante.

El tema básico era: Qué le pasaría a nuestro mundo si la gente cambiara. Provocó un animado debate, salpicado de carcajadas. También por silencios embarazosos. En esos momentos uno suele sentirse cohibido y desear que alguien diga algo. Esta vez los silencios no parecían importar. Había mucho en qué pensar.

Hacia el final de la primera mañana, Murray, uno de los que habían venido a Oxford con Buchman, habló de cómo el cambio podía llegar al individuo. Yo estaba molesto conmigo mismo por sentirme vagamente incómodo y no saber por qué.

De algún modo, se respiraba un nuevo espíritu. Las conversaciones en la mesa eran diferentes. La apatía había desaparecido por completo. El cinismo parecía barato. Los

argumentos conocidos ya no valían. Las excusas empezaron a verse como lo que realmente eran. Nuestras defensas habituales se habían derrumbado. La gente parecía sentirse a gusto con los demás.

A medida que avanzaba el fin de semana, una cosa quedó muy clara. Había que tomar una decisión. Era imposible negar la realidad de lo que habíamos visto. Ahora había que afrontar sus implicaciones para nosotros mismos.

Nadie había intentado decirnos lo que teníamos que hacer. Éramos libres de elegir. Tuve la inquietante sensación de que podría ser la elección más importante de mi vida. Ese fin de semana me había visto reflejado una y otra vez en las experiencias que otros habían compartido. Y lo que vi no me gustó nada.

Ya había oído lo suficiente para saber que una nueva forma de vida era posible. Estaba decidido a no volver a vivir como antes. Pero no estaba seguro de querer seguir el camino de Buchman... todavía. Era un dilema.

El clímax llegó ese domingo por la tarde. Estábamos jugando al tenis los cuatro. Me propuse que, cuando terminara el partido, sería absolutamente sincero con mis tres amigos sobre las cosas que siempre había querido ocultar. Temía mucho lo que pensarían de mí. Estaba seguro de que no volverían a dirigirme la palabra.

Para mi sorpresa y alivio, descubrí que no estaba solo. Cada uno se sinceró sobre sí mismo. Descubrimos que todos necesitábamos el mismo cambio y limpieza. Sólo había una cosa que hacer. Ponernos de rodillas. Fue la primera oración que hice en mi vida. Dios nos inundó. Una enorme carga se levantó. Se

acabaron las dudas y las vacilaciones. La única cuestión ahora era cómo difundir rápida y eficazmente este nuevo espíritu.

Se había tratado de un experimento honesto como el que hace cualquier científico. El resultado fue un milagro.

Por ejemplo, hacía tiempo que había dejado de creer que podría volver a vivir una vida pura. Esta era la raíz de mi cinismo y apatía. Ahora, en dos breves días, se me cayeron los hábitos de años. Para mi sorpresa, descubrí que había recibido una mente y una lengua limpias, algo que jamás habría podido conseguir por mis propios medios. La vida había adquirido un significado y un propósito totalmente nuevos.

Para la mayoría de nosotros, cada uno a su manera, aquel fin de semana supuso una experiencia cristiana completa. Por primera vez en mi vida, Cristo se convirtió en una realidad viva, de hecho, en una necesidad absoluta. Las verdades que había escuchado desde la infancia se convirtieron en posesiones personales. Sabía lo que significaba el perdón con toda su fuerza y convicción, que llegaba a todos los rincones y elevaba la vida a un nuevo nivel. La barrera que había llegado a parecer infranqueable entre Dios y yo ya no existía. «Él vive para interceder por nosotros». Esa era la clave. Sabía que era libre. No había ningún mérito personal en tal experiencia. Era un don puro. Si un viejo armatoste atascado en el fango durante mucho tiempo en aguas bajas es levantado por la marea entrante y liberado para navegar por los océanos, ¿qué mérito tiene eso? Lo único que había que hacer era zarpar y partir.

Otros tuvieron experiencias similares. Pronto formamos un grupo de hombres con ideas afines y dispuestos a luchar, sin importar lo que los demás pensarán, dijeran o hicieran. Es cierto que había empezado con nosotros como individuos, pero no se detuvo ahí. En las condiciones de posguerra de nuestro tiempo, la necesidad

de un nuevo espíritu era evidente. Se trataba de algo de aplicación universal. Estaba claro que las naciones tenían que encontrar esta respuesta o estaban perdidas. Ahora era necesario multiplicar los combatientes.

Había ocurrido tanto en Oxford que se oró públicamente desde un púlpito de Oxford dando gracias a Dios por la nueva iluminación que había llegado a la Universidad. Algún tiempo después, el director de una universidad de la ciudad me pidió que volviera para continuar el trabajo que el Dr. Buchman había iniciado.

La carta del director ofrecía una cama, tres comidas al día y ningún sueldo. La orientación me dijo que fuera, así que fui. Otros vinieron a ayudar.

Durante los quince años siguientes, Oxford fue nuestro centro mundial. El interés se extendió. Llegaron invitaciones de muchos países. No pasó mucho tiempo antes de que llegáramos a tener hasta diez mil personas en un verano que venían a Oxford en época de vacaciones. Habríamos tenido más, si hubiera habido espacio. Llegamos a ser conocidos en todo el mundo como el Grupo de Oxford, y más tarde como Rearme Moral.

Ahora tengo setenta años y una vez más veo una generación cínica y rebelde. Pero hay una diferencia en el mundo de hoy. Aunque abunda el cinismo (no es un fenómeno nuevo), hay otro factor que hace cincuenta años sólo existía en embrión. Lo que empezó con uno o dos de nosotros en los años veinte, se ha extendido ahora por todo el mundo y está superando y sobreponiéndose a los elementos de destrucción.

Frank Buchman solía citarnos un proverbio chino: «Si quieres planificar un año, planta maíz. Si quieres planificar para treinta

años, planta árboles. Si quieres planificar cien años, planta personas». El futuro está en estos hombres y mujeres. Están en marcha y su número va en aumento.

El programa ha sido el mismo desde el principio. Se resume mejor en las últimas palabras del Dr. Buchman: «Quiero ver el mundo gobernado por hombres gobernados por Dios. ¿Por qué no dejar que Dios gobierne el mundo entero?».

Publicado por primera vez en 1968 por Rearme Moral, Londres, Reino Unido.